Andrés Cepeda

EL PONCHO DEL OLVIDO

Aunque el poncho del olvido
sobre mi lomo has echado
los recuerdos del pasado
deben haberte seguido
y como abrojo prendido
a cola de mancarrón
has de ir en tu corazón
siempre dándote un pinchazo
mientras mi nombre de paso
cruza tu imaginación.

Mi nombre siempre ha de andar
dando vuelta en tu memoria
lo mismo que mula y noria
en yunta con el pesar
dormida me has de soñar
y despierta me has de ver
¡pero qué le hemos de hacer!
es al ñudo forcejear
son cosas que hay que aguantar
en las huellas del querer.

Me dejastes tiritando
de un solo empujón
como el gallo de Morón
sin plumas y cacareando
pero no andes boraceando
por lo mal que me has dejado
si hoy soy árbol deshojado
con el tiempo puede ser
que vuelva a reverdecer
y esté de fruto cargado.

El tiento que nos tenía
acollarado a los dos
lograste cortarlo vos
tanto tironea un día.
A la pucha la alegría
desde entonces fue a parar

vos te fuistes a gozar
y yo, qué querés que hiciera,
también rumbié campo afuera
con la desgracia a la par.

Nada tiene duración
en este mundo mezquino
en desparejo camino
cualquiera da un tropezón
vos me distes una lección
que la supe aprovechar
me enseñastes a olvidar
y como lo he aprendido
con el poncho del olvido
también te quiero tapar.

Los Pensamientos

Sobre el lecho de agonía
cayó como flor tronchada,
por el viento deshojada
y su frescura perdió,
y cual exhala el perfume
del cáliz el lirio hermoso
de su pecho primoroso
su alma angelical voló.

Recuerdo que al exhalar
serena el último aliento
con suave y triste acento
a su lado me llevó;
su bello rostro cubrió
la palidez de la muerte
y con mano casi inerte
dos pensamientos me dio.

Y me dijo: Dulce amigo
solo en el mundo te dejo
del valle triste me alejo
para no verte jamás
hasta que llegue el instante
de oír de Dios los acentos,
conserva estos pensamientos

¡Y no me olvides jamás!

Ese pensamiento mustio
donde la muerte en el lecho
lo conservo yo en mi pecho
como sacro talismán;
porque se halla impregnado
del espíritu visible
de un alma pura y sensible
que calma mi triste afán.

Yo venero con el alma
la religión de la muerte
y en tu sepultura inerte
llanto y flores derramé;
y entre manojos de flores
llanto dejé allí a millares
y entre blancos azahares
pensamientos coloqué.

Yo venero aquel sepulturero
de la cándida María
mis ojos vieron un día
dos pensamientos brotar
el huracán tan violento,
que deshojó un pensamiento
para uno solo quedar.